



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 29 DE MARZO DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Música de otras Galaxias

POEMA EN EL BOSQUE

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El exterior del hospital no lo componía un bosque, sino la mitad de la urbe: tráfico urbano, cláxones, de pronto el sabor de frutas y vegetales en uno que otro puesto de jugos en la esquina de la calle. El bosque más cercano al hospital se encontraba a veinte kilómetros, en la carretera rumbo a la playa.

En la sala de recuperación del hospital se encontraban diez pacientes que habían sido intervenidos quirúrgicamente esa mañana: cataratas, hernias, apéndices y un esófago. Ahora aguardaban a que pasaran los efectos de la anestesia y no se observaran complicaciones.

El lujo de la sala de recuperaciones era Amanda, una enfermera alegre, espontánea y que, al llegar a su lugar de trabajo, ponía música para los pacientes, también alegre, desde su celular. La presión arterial se animaba con aquellos ritmos.

Más tarde, Amanda sacaba su guitarra y pasaba por cada camilla, ofreciendo complacencias musicales: El príncipe de la canción, la tesorito, el regatón. Música que pertenecía a la biografía musical de los pacientes, que les traía recuerdos de alegría. Los pacientes salían rápido de ahí, de recuperación a la sala de corta estancia.

Pero había en aquella sala un enfermo que no terminaba de volver en sí. Había sido operado del hígado y llevaba inconsciente, varios días. Afuera, en la sala de espera, no aparecía nadie que se dijera su familiar o conocido. Cada cuatro o cinco horas, una enfermera traspasaba la puerta de vidrio anunciado su nombre: ¿Familiar o conocido de Roberto...? Nadie respondía.

Tuvieron que buscar en el archivo del hospital para darse cuenta de que su expediente había desaparecido, o de que había ingresado sin él. Y cada mañana, Amanda, vestida de blanco y con sus pies y calzado cubiertos por una bolsa azul, pasaba junto a su cama, indecisa sobre si debía intentar cantar alguna canción para el viejo.

Amanda miraba los ojos del anciano, agotados por el sol; sus arrugas quemadas y agrietadas como surcos atravesados por el río; sus manos gruesas, carnosas, preparadas para soportar grandes pesos y listas para la hazaña de cargar y lanzar rocas gigantes. Amanda intentaba recordar dónde había visto aquellas manos.

Calculaba la edad del paciente, la consultaba con sus compañeras, la discutían. Llegaron a la conclusión de que rondaría los ochenta. Habría nacido en la década de los treinta del siglo XIX. ¿Qué música debió escuchar él, en su infancia y juventud, en su adultez temprana?, ¿qué música, sus padres? Quizás tangos de Carlos Gardel, boleros de Los Panchos, a las Grandes Bandas del swing norteamericano, o el primer rock and roll de los cincuentas.

Cada día, Amanda intentaba un género distinto. Pero nada, el viejo no presentaba reacción fisiológica que se revelara en los monitores médicos: ni de presión



arterial, ni de tasa de absorción de los pulmones, ni temperatura. Parecía que la música no provocara emoción alguna en él.

Una noche, mientras Amanda dormía en su propia casa, soñó con un río bordeado por pinos y flores, con rocas desgastadas por la lluvia. Se

soñó ahí, en medio del bosque, y que de pronto resbalaba junto a la fluyente, cuando de pronto, una mano extendida la ayudaba a levantarse. Era la mano del hombre inconsciente en el hospital. Amanda despertó agitada e inmediatamente pensó: música ranchera de la década de los cuarenta, del siglo pasado.

Al día siguiente, al entrar a la sala de recuperación, al primero que fue a buscar fue al viejo desconocido, en la camilla 11. Con su guitarra bajo el brazo, Amanda se acompañó para interpretar una melodía de los Montañeses del Álamo.

Los acordes y la primera frase de letra trajeron una alteración en los signos vitales, casi inmediata. Amanda lo notó y una compañera también. Justo cuando concluyó la primera estrofa, don Roberto movió ligeramente un par de dedos de la mano izquierda. Para entonces, varias enfermeras se encontraban alrededor de la cama. Nunca habían presenciado tal poder de la música.

Los movimientos, como pequeños shocks eléctricos, se sucedían a intervalos largos. Pasaban decenas de segundos quietos, cuando de pronto la reacción era la del ligero temblor de un tronco; pero que, dentro de su cuerpo, para don Roberto representaba el esfuerzo de derribar un pino a través de un único hacha-zo.

Cuando Amanda concluyó la canción de los Montañeses, los signos médicos se habían estabilizado en niveles más positivos. Las enfermeras habían dado aviso

al médico de guardia, quien luego de analizar lo sucedido, ordenó que el repertorio de rancheras continuara por media hora más. Entonces volvería a evaluar la situación.

Don Roberto fue volviendo en sí, pero aún estaba atrapado en no sé qué estado de inconsciencia. Podía abrir los ojos de vez en vez, pero los volvía a cerrar. Habló hasta el día siguiente, y poco tiempo después fue dado de alta.

Cuando conoció a Amanda, le dijo: “Toda esa música que toca es bonita, la podía escuchar mientras estaba inconsciente, pero a mí la que me llega es la de los Montañeses. Sí, es música de arrabal, de cantina; pero esa canción que usted interpretó, también es un poema, es un poema de amor cuando se vive solo, dentro del bosque”.

PIRÁMIDE DE CRISTAL AZUL
OLGA DE LEÓN

Llevaba siete días de confinamiento, y ya se sentía como encerrada en una cárcel de primer mundo, pues era su propia casa; pero igual era encarcelamiento, ya que no debía salir a la calle ni a ninguna otra parte más allá de su propiedad. Y tal era por su propio bien, y por el de los demás. No quería pensar en que faltaban mínimo once semanas más, así. Sin embargo, sí pensaba.

Eran los tiempos de amor en época del Coronavirus. Tiempos de amor porque de eso se trataba: de demostrar el amor que se tenía por los semejantes, amándolos de lejos con la sana distancia y a buen resguardo de cualquier contacto o acercamiento. Nadie podía acercarse a otro cualquiera bajo ningún pretexto serio o razón de peso, aunque argumentara que le era vital hacerlo, salvo que fuera su pariente enfermo, el enfermero o cuidador del paciente o se tratara del hijo, la hija, o la madre o el padre. Entonces,

no había remedio. Alguien tendría que cuidar del paciente que no hubiese sido internado en algún hospital o clínica.

La niña había permanecido durante todo el relato del abuelo, en silencio. La semana pasada, ni siquiera se hizo patente su presencia, pero allí había estado atenta al inicio de la historia que el abuelo le refería de lo sucedido más de cien años atrás. Era una niña muy inteligente y le interesaba saber sobre el origen del mundo nuevo en el que le había tocado vivir. Entendía que no siempre fue así, que hubo varios quiebres, varios virus invadieron la vida de sus antepasados y del planeta, y ahora, también sabía lo que los científicos del siglo XXI ya conocían y habían estudiado: un virus nunca desaparece del todo.

El virus muta, se adapta a nuevas condiciones, una vez que el anterior ha sido erradicado, por decirlo de alguna forma.

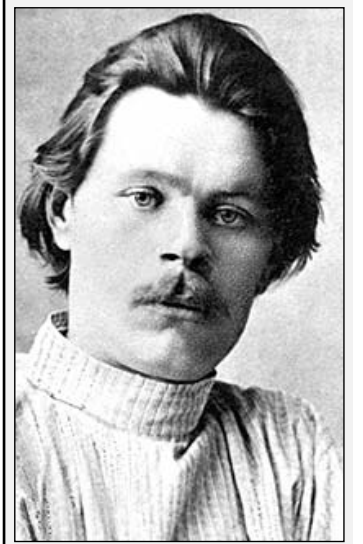
Médicos científicos, geofísicos, antropólogos, biólogos y químicos con especialidades superiores habían dedicado sus vidas al estudio de los virus. La niña lo entendía. Tenía once años, pero ya sabía mucho más que una niña cualquiera de su edad en su época: siglo XXIII; mucho más que una de las más brillantes que hubiesen vivido en los siglos XX o XXI.

Salvo, lo que sucedía con ciertos casos excepcionales -uno en veinte millones- que provenían de un brote especial de seres extraordinarios, esos que a veces podían haber sufrido algún trastorno psicológico o psicosomático, o que hubiesen sido tocados por ángeles o proviniesen de la Pirámide de cristal azul. Esos niños, en algún momento de su adolescencia o juventud temprana, fueron sustraídos de su cama mientras soñaban, y llevados a otra Galaxia, en donde los sometían a experimentos para probar sus capacidades y proveerlos de información secreta, muy adelantada a su tiempo.

Y esa experiencia y experimentos sucedían durante el tiempo de su sueño. Cuando despertaban de nuevo en sus respectivas camas, en distintas partes del globo terráqueo, nada recordaban, pero sus cerebros habían recibido información privilegiada, que cuando hablaban de ella, se les juzgaba esquizofrénicos, o paranoicos, al decir lo que sucedería en un tiempo futuro, relativamente corto. Recibían atención psiquiátrica, y se reintegraban a sus vidas comunes y cotidianas.

Pero cuando aparecía un virus como el Coronavirus y se sabía dónde había aparecido primero, ellos eran los primeros en entender lo que pasaba. Mas nada decían, no vaticinaban, no anticipaban hechos... Lo que menos deseaban era volver a la pesadilla de la Pirámide de Cristal azul, a donde una noche viajaron.

La niña quedó atónita ante el cierre del relato de su abuelo. Nada dijo tampoco. Sospechaba ya, acerca de su origen común con aquellos niños de los siglos XX y XXI...



Máximo Gorki

Novelista y dramaturgo ruso, maestro del realismo socialista y una de las personalidades más relevantes de la cultura y de la literatura de su país.

Tras la muerte de su padre cuando contaba cuatro años de edad, Máximo Gorki hubo de trasladarse a vivir con la familia de su abuelo, en un ambiente pequeño-burgués venido a menos y en ocasiones rayano en la pobreza. Ese mundo de su niñez, que lo marcó decididamente, se recrea magistralmente en Mi infancia (1913-1914), primera parte de su trilogía autobiográfica.

Gorki está considerado un modelo de escritor autodidacta. A los once años se marchó de la casa de su abuelo y emprendió una vida llena de aprendizajes incompletos, largas navegaciones por el río Volga y numerosos viajes al sur de Rusia y a Ucrania, que serían el tema del también autobiográfico libro Mis universidades (1923). El éxito literario le llegó tras la publicación del relato breve Makar Chudra en 1892. Lo mismo puede decirse de La vieja Izergil (1895), que narra la historia de Danko, quien hace pedazos su corazón para iluminar el camino de la salvación a su tribu.

De estos años son también una larga serie de relatos profundamente antiburgueses, que relatan las desesperadas y en la mayoría de los casos inútiles protestas de los desheredados contra el ethos capitalista que, tras la tardía penetración en el país de la revolución industrial, comenzaba a adueñarse de la sociedad rusa en el último tercio del siglo XIX. Entre ellos cabe señalar Chelkash (1895), La canción del halcón (1895), Kononov (1896) y Veintiséis hombres y una mujer (1899). En los albores del siglo XX, Gorki escribe varias novelas sobre el mundo del comercio, como Foma Gordeev (1900) y Nosotros tres (1901).

Su primera obra de teatro, Los pequeños burgueses (1902), explora el tema de la rebelión contra la sociedad en un medio burgués e introduce por primera vez al héroe que milita activamente en favor de la causa proletaria. Su segunda obra, Los bajos fondos (1903), gozó de un éxito fulminante.

El título más importante de ese giro proletario es La madre (1907), escrita durante un viaje que realizó a Estados Unidos para recolectar fondos para la causa bolchevique. La novela narra la historia de una madre que adopta la causa del socialismo como una suerte de religión, después de que su hijo, un activista político, es arrestado.

Así, sus piezas teatrales Los veraneantes (1905) y Los hijos del sol (1905), como sus obras en prosa La ciudad Okurov (1910) y La vida de Matvei Kozhemiakin (1911), indican su deseo de alejarse de los temas que dictaba la realidad inmediata.

La obra más característica de los años de su primer destierro es una novela escrita en primera persona, La confesión (1908). En 1913 se le permite regresar a Rusia, donde se vio abrumado por los excesos de la revolución bolchevique y la guerra civil y sostuvo varias discusiones con Lenin.

En la década de 1920, escribió su mejor novela. El negocio de los Artamonov (1925), y emprendió la monumental y épica La vida de Klim Samgin, Murió en Moscú en circunstancias que todavía no han sido aclaradas.

ad pédem literae

“¿No es triste considerar que sólo la desgracia hace a los hombres hermanos?”

Benito Pérez Galdos

Letras de
buen humor

“Todo el mundo comete errores. La clave está en cometerlos cuando nadie nos ve”

Peter Alexander Ustinov

Mónica Lavín

Los Otros (desde el encierro)

El día nos recupera las señales que la vida urbana nos roba: la salida del sol taimada y suave, su insistencia de mañana primaveral, su arrebatada presencia de media tarde y su reverencia de ocaso gentil y rosado para que el crepúsculo nos suma en la inquietante oscuridad de la noche. Navegamos el día contrapunteando el dulce morado de las jacarandas con la amarga corriente de las noticias, con la avalancha de muertes en Italia y en España. Nos acogemos a la promesa celeste del cielo, como si la sombra que acecha fuese una ficción, como si el meteorito que ya se avizora inevitable fuese la película Melancolía, de Lars von Trier, y no una realidad que llegará. El silencio que se instala sobre la ciudad, implacable siempre y ahora domada como un caballo resignado a su suerte, nos revela trinos y piales y el aviario mismo que resiste la contaminación y engalana las copas de los árboles en pie.

No sólo reconocemos nuestra rotación de 24 horas alrededor del sol si no nuestros ritmos y hábitos más elementales. Ese despertar, planear el suministro de los víveres y enseres, preparar la comida, limpiar la casa, sanitizar lo vulnerable, moverse un poco, trabajar otro tanto, reconocer el desliz del tiempo, perder la sensación del día de la semana, borrar los bordes de los deberes, anotar qué día es para atender lo laboral que se mira

desde la pantalla, escuchar música, ver películas, prepararse para el refugio de la noche, que es ahora una enemiga porque su silencio y su oscuridad rezuman a muerte, a soledad en hospitales y entonces bebemos, como el suero los enfermos, las noticias que aceitan nuestro insomnio y nos pensamos vulnerables y no invencibles como el morado de la jacaranda. Aceptamos que somos sexagenarios (los que lo somos) y que nuestro reloj interno marcha contradiciendo el biológico, pero las noticias y los más jóvenes insisten en que no salgamos, que no toquemos a los niños, que los nietos son factor de riesgo, pero ellos y los que están armando su futuro no, porque la libran, las más de las veces. Nosotros, grupo de riesgo, al tiempo que tememos, sentimos alivio de que no será a nuestras criaturas a quienes cercene la pandemia, de que hay futuro. Darwin parece mirar desde una repisa, anotando las cifras de la cruel cizaña de la selección natural: los más aptos sobreviven.

Pero también se sobrevive más allá de saciar las necesidades elementales, de lavarse las manos, de desinfectar lo desinfectable. Se sobrevive más allá de atender nuestra responsabilidad social, de tomar distancias (como en las mañanas de colegio), de quedarse en casa. Se sobrevive inventando formas de estar con los demás porque, como lo reveló un estudio que la Universidad de



Harvard realizó siguiendo las vidas de individuos durante más de 75 años, para intentar identificar el factor de la felicidad, lo fundamental es el amor en todas sus formas: la familia, la pareja, la amistad; la cercanía de los otros. Y en estos tiempos de encierro, los Otros, aunque no los viéramos muy frecuentemente pues el chat daba la falsa ilusión de cercanía, revelan la imperiosa necesidad de su presencia. Entonces, como tenemos más tiempo y menos prisa, como nos dejamos de mover y atendemos el silencio de la ciudad, el canto de los pájaros, los ladridos de los perros, el martilleo en la casa del vecino, el zumbido de la abeja, conversamos con los que convivimos y hacemos citas virtuales con los que no vemos. Sí, no basta con esos chats colectivos que despersonalizan y banalizan el tiempo que pasamos juntos (a pesar de la sensación de necesidad del WhatsApp en estos tiempos, empiezo a

vacunarme contra su uso indiscriminado), se necesita la voz y la imagen. La una nos recuerda el tiempo de las llamadas por teléfono en que la textura y cualidad de la voz cargaban de alguna emoción las palabras y la otra, el diálogo de los gestos y las sonrisas: lo humano de la comunicación. Este tomar el teléfono y hablar, este ponerse frente a la pantalla en grupo o a dúo par recuperar la tertulia nos recuerda que entre nuestras necesidades primarias está el contacto humano, la comunicación fresca y no cobijada en líneas tecnológicas, donde lo mejor que sucede son los videos que cantan, los memes con humor, porque el humor y la charla son una forma del contacto que nos permite sobrevivir a la incertidumbre de la sombra. Sin duda, pasada la tormenta, habremos de reconocer la necesidad de citarnos, reunirnos, llamarnos y procurar la forma más humana de la cercanía.